

# JAPÓN, JAPONISMOS Y OTROS EXOTISMOS EN LA NARRATIVA DE FERNANDO IWASAKI<sup>1</sup>

FERNANDO CID LUCAS

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE ORIENTALISTAS DE LA UAM (ESPAÑA)

Código ORCID: 0000-0002-0543-7119

fernandocidlucas@gmail.com

**Resumen:** En el presente artículo se estudiarán y analizarán las influencias venidas desde el País del Sol Naciente en varios títulos salidos de la pluma del escritor Fernando Iwasaki. Por falta de espacio, aunque haremos breves referencias a otros más, nos centraremos, sustancialmente, en dos: el primero es una obra eminentemente ficcional, *España, aparta de mí estos premios*; mientras que el segundo, *La lengua paterna*, es el fruto del íntimo dolor ante el fallecimiento del padre del autor.

**Palabras clave:** creación, influencia, Japón, japonismos, relato.

**Abstract:** The Japanese features on Fernando Iwasaki's oeuvre will be the object of study in this article. Although there are references to other of his tales, most attention will be paid to *España, aparta de mí estos premios* and *La lengua paterna*. The former is a fictional work while the latter is a biographical one.

**Key-words:** Creation, influence, Japan, japanisms, tale.

*A José Manuel Lagarejos,  
iwasakista profesional*

## 1. COORDENADAS BÁSICAS: IWASAKI Y JAPÓN, JAPÓN E IWASAKI

Hasta el momento —y más allá de su primer apellido—, Japón y lo japonés han tenido una notable y nada desdeñable influencia en la narrativa de Fernando Iwasaki Cauti (Lima, 1961). En varias de sus obras, desde las más tempranas, aparecen recogidas alusiones, más o menos livianas, al imaginario nipón. Por ejemplo,

---

<sup>1</sup> El autor desea agradecer aquí al propio Fernando Iwasaki Cauti el desinteresado envío de un ejemplar de su conmovedora obra *La lengua paterna*, que sirvió para conocer mejor su bibliografía y, sobre todo, su biografía. Del mismo modo, le agradece su ayuda a la hora de resolver y replantear las dudas, preguntas e ideas, que le fueron surgiendo mientras redactaba estas páginas.

ya podemos detectar dichas referencias en su libro de 1992 titulado *Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno*<sup>2</sup>: dedicado a la interesante campaña electoral que desembocó en las elecciones en Perú de 1990, en las que se enfrentaron dos grandes “pesos pesados” de la cultura y de la vida social del país latinoamericano, Mario Vargas Llosa y Alberto Fujimori. En efecto, en dicho libro planean las menciones al ámbito japonés cuando Iwasaki alude al político *nikkei*; pequeños detalles que delatan el conocimiento que el propio Iwasaki posee sobre la cultura japonesa. Por ejemplo, uno de los textos que allí se recogen lleva por título “¡Happy birthday, Fujimori-san!”, incluyendo en él la partícula honorífica japonesa *-san* para masculino, junto al apellido del político.

Ahora bien, sin salirnos de dicho libro, es en el artículo titulado “La erupción del Fuji-Llama” (que no *yama*), donde el autor limeño exhibe un mayor uso del léxico puramente japonés. Además de la citada alusión al monte nipón por excelencia, aparecen términos como *nisei*, *harakiri*, *seppuku* (sinónimo culto del vocablo anterior), *bushidō* (sin la marca de prolongación vocálica en su última letra, eso sí), *kimono* y *bonsái*; dicha palabra la utiliza con sorna para referirse a la estatura de Fujimori, al que dedica su discurso, cuando lo compara, con abierta socarronería, con los grandes “árboles”, que serían el resto de políticos y gobiernos latinoamericanos. Hay, en este texto —del todo aprovechable— un párrafo que destila ya el estilo de Iwasaki, mordaz, agudo, ácido y certero, aunque duela en destino:

son las mismas [*refiriéndose a las instituciones*] que arrojan ahora a este curioso autócrata agricultor, que gracias a un conocimiento atávico tiene el poder de convertir al Perú en el bonsái más original de todas las especies del subdesarrollo (1992a: 155).

No solo se queda Iwasaki con la llamada a términos japoneses como los señalados; sino que, incluso, hay alusiones literarias, como cuando cita a uno de los escritores más reputados del País del Sol Naciente, Ryunosuke Akutagawa, y al que tal vez sea en Occidente su relato más conocido —gracias, sin duda, a la adaptación que de ese cuento y de otro realizara el gran cineasta Akira Kurosawa en una única cinta—, *Rashōmon*.

Yendo ahora del ensayo a la ficción, en un libro suyo de relatos descacharrantes, *Helarte de amar*<sup>3</sup>, donde su autor hace gala del juego con el lenguaje, de ser un equilibrista de los dobles sentidos, encontramos un cuento titulado “Travesía estelar”, que, por cierto, principia en la sugerente página 69. Pues bien, esta travesía espacial es la narración de un “polvo cósmico”. Es un cuento agilísimo, rápido

<sup>2</sup> Barcelona, Estelar, 1992.

<sup>3</sup> Madrid, Páginas de Espuma, 2006.

en la sucesión de su contenido, hecho con unos personajes que no son sino distintas formas de entender la sexualidad. Hay allí un súbdito japonés, un cosmonauta, el coronel Tekacho Arakama: “más bien bajito, feo y poca cosa”, nos dice el narrador, embarcado junto a una hermosa astronauta, la comandante Kimberly Moist, en la insinuante misión *Freedom & Love*. A las pequeñas referencias a vocablos puramente japoneses, como *tatami* o la expresión bélica *Tora-tora-tora!* exclamada por los pilotos nipones durante el ataque de Pearl Harbor, añadimos una reflexión hecha párrafo, recogida íntegramente por lo sustancioso y porque se vuelve a constatar el conocimiento de la cultura japonesa que posee Fernando Iwasaki:

Tekacho Arakama frunció el ceño, y respondió en ronco y balbuceante inglés que en el Japón era al revés, que allá es la mujer japonesa quien está obligada a proporcionar deleite y que es un honor para ellas satisfacer al *otoko*<sup>4</sup> de la casa. Le habló de la sofisticada educación sexual de las esposas y de toda esa vasta constelación de mujeres que viven para brindar placer al hombre japonés: las *hostess* de Ropongi, que son estudiantes que se ofrecen para salir con grandes ejecutivos; las *baishunfu*, que viven en sus casas de madera perfumada donde los adolescentes se inician sexualmente; las geishas, que conocen las artes de la danza y el amor y, sobre todo, las misteriosas *maikô*, que son preparadas desde la más tierna infancia para saber hacer disfrutar a los hombres.

Arakama agregó entre sonrisas y reverencias, que una noche con una *maikô* podía costar hasta diez mil dólares (2006: 76).

Y, como hasta el rabo todo es toro (y no hay locución mejor para hacer referencia a este libro), resulta imposible resistirse a la tentación de no incluir aquí el colofón que pone punto y final a *Helarte de amar*, inspirado por un festival (*matsuri*) japonés centenario. En el original, todas sus letras conforman un caligrama con forma de falo que, para economizar espacio, se trasladará aquí en convencionales renglones:

Se terminó de imprimir el 8 de abril de 2006, fiesta del *Kanamara Matsuri* o “Día del pene de acero”, en memoria del herrero que derrotó al demonio que mordía los falos de los amantes. Durante el *Kanamara Matsuri* los templos de Kawasaki abren sus puertas para que los devotos besen los penes sagrados y una enorme polla de hierro recorre la ciudad, para alegría de los niños, asombro de las mujeres y envidia de los hombres. En la alta noche, la procesión degenera en cabalgata (2006: 151).

Sí, Iwasaki conoce el viejo cuento shintoísta del demonio que se ocultaba en el interior de las vaginas de las muchachas, mordía y luego arrancaba los penes de sus amantes; por eso, un ingenioso herrero ideó un pene de acero que rompió los

---

<sup>4</sup> Hombre, cabeza de familia. (La nota es mía).

dientes al indeseable diablillo, al que nunca más se le volvió a ver por esos lares. Aún hoy está muy viva la tradición en la ejecución anual del *matsuri*, en ese desfile grotesco del miembro viril gigantesco que circula por las calles de la población, que también tiene otras connotaciones, tal vez primigenias y hoy ya un tanto olvidadas, como eran las peticiones de la abundancia en los campos de arroz y las plegarias que lanzaban las prostitutas en los días antiguos para protegerse de las enfermedades venéreas.

Ahora bien, estos y otros ejemplos que quedan fuera de estas páginas por falta de espacio son casos aislados dentro de obras que no están compuestas bajo la premisa de querer ser libros con una clara temática japonesa o que esta ocupe un tanto por ciento importante en su diégesis. Sin embargo, existen dos títulos en la bibliografía de Iwasaki que sí cumplen con esta condición y que pasamos ahora a analizar con mayor detenimiento: *España, aparta de mí estos premios* (2009) y *La lengua paterna* (2013).

## 2. ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTOS PREMIOS Y LA LENGUA PATERNA: JAPÓN Y LO JAPONÉS EN LA MEMORIA DE FERNANDO IWASAKI

Entrando en el análisis de ambos títulos, el primero de ellos, *España, aparta de mí estos premios*, es un conjunto de ocho cuentos —a los que se suman un pequeño prólogo y el “Decálogo del concursante consuetudinario”— que están unidos todos por un mismo cordel, podríamos decir. Si en obras anteriores el autor de Lima hacía gala de una inventiva desbordante, en este grupo de relatos Iwasaki se muestra como un autor poseedor de un fino ingenio, a la par que un excelente narrador de lo breve. Uno de los alicientes de este libro es que todas las historias se contienen unas dentro de otras; o, al menos, una parte sustancial de ellas. Es una estructura de “muñecas rusas”, salvo que no hay en estos cuentos una clara diferencia de tamaño entre la “primera muñeca” y la “última”, pudiendo ser cualquiera de los cuentos el primero, el tercero, el quinto o el último. Sin duda, todo un ejercicio de ingenio en el que España y Japón, españoles y japoneses dan lugar a un humor agudo en ocasiones y chocarrero en otras. Ahora bien, Iwasaki no quiere ofrecer al lector un tapiz hermoso de contemplar, cómodo de ver. Hecho con hilos nipones e ibéricos, es un tapiz amable y, a la vez, grafiti de denuncia —no podemos pasar por alto el justo rapapolvo que dedica en el primero de sus cuentos, “El haiku del brigadista”, a los alienantes programas de “telerrealidad” y a la telebasura, en general—. Agradable de leer e incómodo de reflexionar, diría yo, porque el autor ha detecta-

do muchos de nuestros males de hoy y tiene los redañones suficientes de afeárnoslos, siquiera vendiéndonoslos en forma de “ficción”.

Siguiendo con los ejemplos textiles, tal y como sucede con el maravilloso “Tapiz de Bayeux”, el libro de Iwasaki tiene una historia —no secuencial, intercambiable, modificable, incluso— que contar. Los personajes principales que su autor saca a la palestra en este volumen son unos personajes de esperpento, pero la receta es la de Iwasaki, no la de Valle-Inclán, y algunos de los matices del esperpento iwasakiano creo que están sacados de los personajes de un autor japonés que el propio Fernando ha confesado admirar y a quien, además, ha prologado, Yasutaka Tsusui, anómalo, extravagante, insurrecto... que nos quiere vender un “realismo” hecho desde el puro delirio y desde el exceso.

Después de todo lo dicho, cabe preguntarse, pues, ante la lectura de *España, aparta de mí estos premios*, qué grado de “japoneidad” posee esta obra, e, incluso, qué tanto de japonés posee el propio Iwasaki. En el caso del autor, por nacimiento, está “marcado” con un porcentaje de carga genética japonesa. Sin embargo, la genética se vuelve un tanto voluble a veces ante los acontecimientos vitales, de modo que aun sin borrarse, sin desaparecer por completo de nuestra identidad, termina moldeándose a las vivencias, a los nuevos lugares donde habitamos, a los nuevos acentos que escuchamos de forma más o menos mantenida. Así, Fernando Iwasaki es, en efecto, descendiente de japoneses y de peruanos. Limeño de nacimiento y sevillano de adopción, con periodos de empadronamiento, más largos o más breves, en otros lugares del mundo. Estoy convencido de que estas vivencias han hecho que los personajes de *España, aparta de mí estos premios* sean unos japoneses con concesiones, como lo es el propio Iwasaki con su Perú natal. En todos ellos, al igual que ocurre con los relatos en los que se enmarcan, late la identidad de personajes híbridos, de una identidad mestiza materializada en la literatura gracias a las vivencias del propio autor.

Sí reconocemos que Iwasaki conoce y se desempeña bien en ese enamoramiento que vive España para con la cultura japonesa desde hace ya algún tiempo. Sin ir más lejos, Sevilla, la ciudad en la que Iwasaki reside desde 1989, ha tenido lazos y tratos con Japón desde el siglo XVII, con la denominada Embajada Keichō, que recorrió España, Francia e Italia dejando tras de sí suculentas anécdotas que serían fácilmente novelables. Fue esta embajada la que rentó a España unos pocos (poquísimos)<sup>5</sup> japoneses que se negaron a retornar a su Japón natal, tal vez fasci-

<sup>5</sup> El profesor Hidemichi Tanaka, experto en el recorrido de esta embajada, desde que zarpare de Japón, y a la que ha dedicado buena parte de su vida, reconoce que dichos nipones que permanecieron en tierras sevillanas no habrían sido más de tres o cuatro a lo sumo.

nados por las nuevas tierras descubiertas y las gentes que habitaban en ella. Estos integrantes de la “Embajada Keichō” habrían sido quienes instaurasen en la zona de Coria del Río y alrededores el apellido Japón, que aún hoy se mantiene y cuya historia también recoge Iwasaki en el cuento titulado “El *sake* del pelotari”.

Mucho más tarde, la ciudad hispalense se ha convertido en la residencia de insignes japonólogos que han hecho mucho y bueno por difundir la cultura nipona en nuestra geografía. Tal es el caso de los profesores Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala, pionero en la traducción y difusión del haiku en España; José María Cabeza Laínez, magnífico conocedor de la arquitectura y de la estética del País del Sol Naciente, quien, además, fuese Cónsul Honorario de dicho país asiático en Andalucía; y, perteneciente a una generación más joven, la profesora Anjhara Gómez Aragón, cuya principal línea de investigación se centra en el turismo japonés en España y viceversa.

Sin duda, estas y otras personalidades han ayudado a hacer de Sevilla una ciudad japonizada. Y en ella, en su día a día, se desenvuelve Iwasaki. A su apellido, pues, sumamos una ciudad (un escenario, en definitiva) en la que no es infrecuente poder asistir a eventos sobre Japón y, mucho menos, poder topar con algún vasallo del País del Sol Naciente por sus calles, cámara fotográfica en ristre, fascinado por la belleza de la metrópoli y asfixiado por el calor sofocante del verano hispalense.

Ese japonés que les describo ahora es un japonés arquetípico, y *España, aparta de mí estos premios* es un excelente muestrario de todo lo que no serían ellos, tal vez aparecerían allí al apartar la maleza de la excentricidad que los adorna —e, incluso, los oculta—. Está, sí, y bien conseguido, el japonés apasionado por los deportes (fútbol y béisbol, sobre todo), el que se arrebata ante el flamenco o el que goza con una buena tapa y una caña fresquita. Todo eso es pura realidad. Eso y, desde luego, mucho más, quiere ser el libro de Iwasaki.

Todo ello, lo ortodoxo y lo heterodoxo, inspira un libro que versa, en el fondo, sobre ese inabarcable y, en ocasiones, incomprensible mundo que es el de los premios literarios sin relumbrón que jalonan nuestro país, y, como bien dice Iwasaki, por los que un escritor puede transitar de uno a otro a lo largo del año, intentando ganarse la vida con sus galardones. Lo lógico o no de su interior quedará para la manera de leer de cada uno. Hay un pequeño consejo (y no es baladí que esté al final del libro y no al principio) que da una buena pista sobre cómo ha concebido este título su autor:

Aunque es cierto que la finalidad de la literatura no es decir la verdad sino narrar algo verosímil, la vida cotidiana está colmada de numerosos sucesos inverosímiles sobre

los que nadie quiere escribir para no parecer oligofrénico. No permitas que la coherencia de la ficción te impida narrar la esperpéntica realidad (Iwasaki, 2009: 157).

“El *haiku* del brigadista” es el título del cuento que abre este libro; es un relato apabullante, directo desde sus primeras palabras, que critica esa falsa cultura que se nos inyecta desde la telebasura, desde los idiotizantes programas de telerrealidad que venden la miseria de sus participantes. Es eso y aún más, desde luego. Su autor nos presenta en el título la estrofa más conocida de Japón, que hoy causa furor editorial y se practica en colegios, institutos y talleres literarios (con más o menos fortuna, según los casos). Como sucederá con otros compañeros del volumen, la ficción se hace aquí con un personaje real, el brigadista de origen japonés Jack Shirai, que murió de un tiro en la cabeza en la cruenta batalla de Brunete.

Iwasaki ficciona con otro voluntario nipón más que nunca existió sino en su imaginación, Makino Yoneyama. Un soldado que había permanecido casi sesenta años en el interior de las cavidades rocosas de “La Pileta”, en Málaga (cueva que, por cierto, da nombre al concurso al que, supuestamente, se dirige este relato y por el que se explica, en parte, la unanimidad en los votos positivos para hacerlo ganador. Recurso que se repetirá tantas veces como cuentos contiene el libro).

A lo largo de la narración, Iwasaki nos va dando una de cal y otra de arena, mezcla esa historia que tan bien conoce con ese oficio afianzado de buen narrador, el del narrador creíble, aunque plantee ideas descabelladas, como la del soldado japonés encerrado durante décadas en las entrañas de la tierra. El lector, ante esto -y esta aserción es válida para todo el libro- tiene tres caminos a seguir: unos pensarán que Iwasaki, el historiador, quien se las ha visto con las aulas y el alumnao, podría haber hecho una serie de cuentos teniendo muy en cuenta a la historia, escudriñando en sus recovecos menos conocidos (vía menos creíble); otros pensarán que absolutamente todo lo que se dice en *España, aparta de mí estos premios* es ficción, corroborando esto el mismo marbete de “cuentos” que el lector halla en la florida portada del libro (portada que, por cierto, explica mucho de lo que luego encontraremos en su interior). Sin embargo, la solución a qué es *España, aparta de mí estos premios* se encuentra en la vía del medio, parafraseando el precepto del budismo *theravada* que fue por el que, dicho sea de paso, Gautama Buda alcanzó el nirvana. Iwasaki conjuga muy verazmente la realidad y la ficción; ahora bien, cuando se quiere poner procaz lo hace como ninguno, pero también cuando quiere ponerse serio. El final de “El *haiku* del brigadista” es bello y trágico a la vez. Sin ánimo de desvelarlo, reproducimos a continuación el poema (en japonés y en español) con el que casi se cierra el cuento y que nos dice mucho de lo que sucede en

la ficción y también —mal que nos pese— en las realidades cotidianas de muchos de nosotros:

<i>Nagaki yo ya</i>	Noche sin fin,
<i>Yami no saki nimo</i>	tampoco veo luz
<i>Hikari ha miezu</i>	fuera de la cueva (2009: 32).

Con materia común se redacta el siguiente cuento: “El *kimono* azul”. Otra desternillante ocurrencia, que nos pone ante los ojos lo que le sucede a un combatiente japonés que se queda aislado, como aquellos soldados del Imperio Japonés que sí lo estuvieron de veras en diferentes puntos del Pacífico. La historia nos la trae hasta nuestro país y hasta nuestra guerra civil un tal Makoto Komatsubara. Para hacer más creíble el texto su autor nos proporciona nombres y datos que son pura historia: el del sargento Soichi Yokoi, rescatado de las junglas de Guam en 1972, y el del oficial del Servicio de Inteligencia Hirō Onoda, aparecido en la isla de Lubang en 1974. Ambos desconocían que habían perdido la guerra, que su país se relacionaba ya, cultural y comercialmente, con el enemigo. Komatsubara, el resistente nipón en España, había aguantado casi sesenta años en el Alcázar de Toledo, malviviendo en su cripta (donde hoy reposan los restos de Moscardó y los de algunos de sus familiares). Y tanto hubo de impactar este súbdito japonés a quien fuera el defensor de dicha fortificación durante la contienda española que Iwasaki lo hace preparador físico del mismísimo general Moscardó (evidentemente, esto es fantasía, pero no lo es que tuvo trato con los japoneses durante su estancia en Filipinas). Nuevamente, los atributos de personajes reales y ficticios se entremezclan en este relato. A Komatsubara, nacido de la fértil imaginación de Iwasaki, le otorga más habilidades para la cocina que para el combate; y esto fue, precisamente, lo que le sucedió al brigadista real Jack Shirai, al que antes aludíamos; es más, descontento con su destino en la cocina, al menos pidió que se le dejase preparar el rancho con una pistola al cinto, deseo que sus superiores le concedieron.

Es y no es, en definitiva, “El *kimono* azul” el mismo cuento que “El *haiku* del brigadista”. Que el lector juzgue. Mi opinión es la de que Iwasaki nos ofrece ocho variaciones sutilísimas sobre un mismo tema, muy bien escogido este, muy bien desarrolladas aquellas.

Hay, sin embargo, un cambio de aires en el tercer relato del volumen, “La *geisha* cubista”. El cuento comienza haciendo alusión a algo que fue noticia real (y en varias ocasiones), la falsificación de algunos dibujos del artista malagueño Pablo Ruiz Picasso, pero, estas falsificaciones resultarán ser auténticas. Una vez

más, estamos ante el juego de saber si algo es en el relato falso o verdadero. Sobre ese barro comienza la acción, aparece luego el personaje misterioso de Pastora, una limpiadora municipal sin más identidad que ese nombre, sin historial laboral, sin DNI siquiera... Con ella tendremos otra vez el motivo del ser humano atrapado en la jungla por un largo periodo de tiempo, esta vez no por motivos de guerra, ahora no en la inhóspita selva, sino en el Ayuntamiento de Barcelona (aunque los consistorios cuentan con su propia fauna salvaje). Hay alusiones (veladas y no tan veladas) al independentismo catalán, pero también a cosas más prosaicas, como a los programas dedicados a lo paranormal, con especial énfasis a Milenio 3, lo mismo que para su presentador, Iker Jiménez.

Iwasaki nos cuenta un muy creíble romance ficticio entre esta Pastora (cuyo nombre “real” es Michiko Arakaki) y Picasso, a la vez que lo enlaza con un supuesto affaire con una actriz japonesa que sí visitó Barcelona en 1902, Sada Yacco. En efecto, su arrebatadora presencia sobre las tablas, lo diferente de sus gestos, ademanes y fisonomía, motivó que tanto Picasso como otros compañeros artistas la retratasen, pero, una vez más, vuelve a combinarse la realidad con la ficción. Hasta donde se sabe, el contacto entre Yacco y Picasso fue fugaz y nunca fueron amantes; eso sí, el malagueño realizaría dos sugerentes dibujos suyos (en un estilo cercano al expresionismo) y hasta ficcionó también con los *kanji* japoneses en uno de ellos. En cuanto a la afición por clavar un cuchillo rápidamente entre los dedos de su mano, como juego peligroso y macabro, lo toma Iwasaki para su protagonista femenina no de alguna japonesa viajera en tierras europeas, sino de Dora Maar, una de las tantas parejas con la que Picasso mantuvo una relación tortuosa. Mientras hacía este “juego” en una taberna fue cuando la conoció Picasso; así se recoge en la autorizada obra de Santiago Roncagliolo, amigo del propio Iwasaki, *El amante uruguayo*:

Dora también sufría graves trastornos de personalidad. Cuando conoció a Picasso, le divertía clavar un cuchillo entre los dedos de su mano abierta, juego con el que a veces se autolesionaba y sangraba (2012: 134).

No obstante, sabemos bien que Iwasaki no quiere hacer aquí historia o biografía, sino que se sirve tanto de una como de otra para redactar sus historias de ficción. Michiko, Picasso, Dora Maar, la Niña Pastori, el Barrio Chino de Barcelona, los políticos insufribles (de cualquier parte de la Península y aun del mundo), la Gestapo, Bashō... conforman el paño multicolor que va tejiendo Iwasaki. *Mi poncho es un kimono flamenco* se titula uno de sus libros de ensayo, y, extrapo-

lando la fórmula de dicho enunciado a la narrativa, esa prenda es el resultado final de este libro de cuentos. Vuelven las alusiones a los motivos que ya habían aparecido en los dos primeros relatos y los juegos de palabras con supuestos *best sellers* literarios rubricados a rebufo de esta historia que nos plantea, tales como las *Travesuras de una ninja mala*, supuestamente publicado en Alfaguara, que reenvía burlescamente a *Travesuras de la niña mala*, de Mario Vargas Llosa, libro aparecido en la misma editorial

Verdades, mentiras, medias verdades (o mentiras a medias), recomposiciones de la realidad, *autenticaciones* de la mentira... Estos son los intensos y sabrosos ingredientes de *España, aparta de mí estos premios*. El cuarto relato, “El sake del pelotari”, hacer alarde también de todos los motivos que hemos explicado antes. Ahora se centra algo más en la Universidad de Sophia, situada en pleno corazón de Tokio, regentada aún hoy por jesuitas, por donde han pasado grandes nombres de nuestra japonología: Antonio Cabezas, Federico Lanzaco, Fernando Rodríguez-Izquierdo, Fernando García Gutiérrez S. J., o quien aún permanece en ella, un hombre y cervantista formidable y excelente conversador, Jaime Fernández S. J.

Más ficción, más realidad, en este caso: la presencia del euskera en la citada institución académica. Un japonés como preparador físico de pelotaris, uno de los deportes más duros de todos, incluso hay en el cuento un frontón en el País del Sol Naciente que en nada envidia a los de Euskal Herria.

Por lo diferente de ambas realidades, máxime si tiene el lector la oportunidad de conocer la cultura vasca y la japonesa, el relato se vuelve hilarante en cada una de sus líneas. El japonés medio sigue siendo poco corpulento, no destaca, en términos generales, en deportes de fuerza (salvando el *sumō*, pero la fuerza del pelotari y la del *sumōka* son fuerzas distintas), y, en muchos de ellos, late una cierta infantilización, como bien ha recogido el profesor Federico Lanzaco en un reciente trabajo suyo (Lanzaco, 2014); vérselas con una pelota tan dura como una piedra, que no concede ventaja alguna al jugador, que es rápida y pesada a la vez, no se muestra como una actividad no solo no apta para japoneses, sino para una gran parte del mundo. Futbolistas hay en todos los países del planeta, pelotaris, muy pocos, aún dentro de su entorno natural.

Volviendo al corpus del relato, poco a poco se van colando las alusiones a la nueva cocina japonesa y vasca, y, entre tanto, hay unas páginas dedicadas al primer cristianismo en Japón, el cosechado por el navarro (y pelotari también) San Francisco Javier, a los muchos mártires hechos allí, a nombres propios y a hazañas reales obradas durante el denominado “Siglo Ibérico de Japón”. En estas líneas (re)surge el Iwasaki historiador, el escritor de textos académicos. Con él

llegamos a uno de los grandes nombres de cristianos en Japón, acaso el último, el padre Arrupe, vasco también, concienzudo, como lo es el protagonista del cuento de Iwasaki.

En “La *katana* verdiblanca” reaparecen las historias relativas a los primeros cristianos japoneses, esta vez, a través de la “Embajada Keichō”, que desembarcó en tierras andaluzas en la primera mitad del siglo XVII. Y, entretejiendo toda la historia, una pasión que late con fuerza tanto en España como en Japón, el fútbol. En el descrito juego de muñecas rusas que Iwasaki ha ideado aparece otra vez Komatsubara, esta vez ya difunto, incinerado, quien, como última voluntad, pidió ser esparcido en el estadio Sánchez Pizjuán. Como no, la rivalidad entre el Sevilla F. C. y el Real Betis Balompié también está presente en el relato del escritor limeño. Y, a estas alturas, también el euskera, los cristianos ocultos de Japón, las selvas del Pacífico, los enviados del gobierno Tokugawa a nuestro continente, el apellido Japón... el *ikebana*, el *sumō*... japonismos, americanismos en mitad del idioma español, todo ello hilvanando ocho historias que acaso sean una sola.

Los últimos dos relatos, “El *sushi* melancólico” y “*Tsunami* de Sanlúcar”, presentan al lector casos de japoneses apasionados por la cultura española en sus más diversas vertientes. La televisión y los periódicos han dado cuenta ya del éxito de la nueva cocina española más allá de nuestras fronteras, incluyendo Japón, lo mismo que de la fiebre que se vive en el país asiático, desde hace décadas, por el flamenco. Ese es el argumento de los dos últimos cuentos, un japonés, Ahitori Tsurunaga, que es la nueva estrella de la cocina vasca de vanguardia, quien no duda en ponerse una *ikurriña* como bandana; y una extraordinaria bailaora de flamenco japonesa. Nos suena todo. Ahora bien, los escenarios, los personajes accesorios (muchos de ellos aparecidos en las narraciones anteriores) ponen el punto de “duende” y originalidad a las narraciones.

En conclusión, en los títulos de los relatos que componen *España, aparta de mí estos premios* cada término japonés tiene correspondencia con otro español. Lo japonés se une a lo ibérico y da lugar a una identidad nueva, como ocurre en la portada misma del libro, donde el mapa de la península ibérica y el toro de Osborne están tomados por la bandera imperial de Japón y por un grupo de ninjas en posición de ataque. Es una nueva patria, descabalada, que habla el lenguaje del *kyōgen*<sup>6</sup>, en la que cualquier cosa es posible.

---

<sup>6</sup> Lit.: “Palabras locas”, aunque el *kyōgen* es una forma de teatro cómico, dotado de un humor inocentón, que se ejecuta entre las serias y casi rituales funciones de *nō*.

### 3. LA LENGUA PATERNA O EL AUTODESCUBRIMIENTO JAPONÉS DE FERNANDO IWASAKI

Conversando con el escritor por email, este tuvo el detalle de enviarme un ejemplar de este librito, primorosamente editado, de apenas veinte páginas, a sabiendas de que con dicho volumen se resolverían muchas de mis dudas respecto a la japoneidad, al japonismo de Fernando Iwasaki. Estaba en lo cierto. En los pocos capítulos que componen *La lengua paterna* su autor desgrana con buen oficio el asunto de su ascendencia nipona; sorprendido el mismo escritor, y con él, el mismo lector, de cómo fueron algunos de estos rasgos de pertenencia a la cultura del País del Sol Naciente.

La relación entre el autor de *Tres noches de corbata* para con Japón empieza a ser narrada allí desde su segunda página, apenas nos ha confesado el fallecimiento de su padre, el coronel del ejército peruano D. Gonzalo Iwasaki Sánchez. Como digo, ese sentimiento de pertenencia (o de copertenencia) a la cultura japonesa lo hace casi con sorpresa, y así se lo traslada al lector:

A mediados de los 90 descubrí en Sevilla que mi padre hablaba japonés, porque lo llevé a casa del profesor Reiji Nagakawa, traductor de Shakespeare y Joyce al *nihongo*, quien me confesó conmovido que el japonés de mi padre era el antiguo dialecto de Hiroshima, una lengua feudal extinguida. Para Reiji, conversar con mi padre fue como viajar al pasado o como conversar con el personaje de alguna obra clásica del teatro japonés (2013: 10).

Comprobamos que Iwasaki hijo desconocía cuál era esa lengua paterna que, precisamente, da nombre al libro. Comprobamos que, incluso, en esa tardía fecha de la década de los noventa del pasado siglo XX aún Iwasaki padre guardaba a su vástago secretos importantes sobre sí mismo. Nuestra lengua (el idioma al que *pertenece*) es parte sustancial de nuestra identidad, sobre eso no hay duda. Nos preguntamos entonces por qué D. Gonzalo ocultó que sabía hablar japonés, por qué ocultó esa parte de su propia personalidad a su hijo Fernando.

El capitulito siguiente, el número tres, me parece uno de los más bellos, por reflexivo, de todo el libelo. Se inicia con lo que quizá pudiera ser una justificación de esa falta de transmisión de la lengua paterna, aunque, como veremos, se cierra con una tajante interrogación:

Antiguamente, cuando ambos padres hablaban lenguas distintas, uno de los dos renunciaba a enseñar la suya para que la integración social de los hijos fuera mejor. El español de mi abuela paterna provenía de una de las fronteras culturales con el quechua y mi abuelo paterno era un inmigrante japonés. La lengua materna de mi padre fue el español, pero su lengua paterna —la de los juegos, los cuentos y los cari-

ños- fue aquel japonés que nunca me enseñó y que siempre negó conocer hasta que escuché cómo lo hablaba en un corral de vecinos de Triana. ¿Por qué jamás nos quiso enseñar su lengua paterna? (2013: 11).

Iwasaki cree saber bien de dónde viene, pero a él mismo se le escapan ciertos motivos con los que cerrar del todo el círculo de su identidad. Uno puede leer en los rasgos faciales de sus padres y conocer su procedencia, pero, necesitaríamos poder escucharles hablar con el idioma (o el acento) libre de su corazón para terminar de conocer de dónde vienen.

Un relato personal sigue en el libro, que es, a la vez, la historia de muchos japoneses que residieron en Perú durante los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial, cuando todos los hijos del País de Sol Naciente eran sospechosos de conspirar o de trabajar en secreto para dicha nación. La clave de la falta de su lengua paterna está contenida en dicho capítulo, el lector (y el escritor) por fin salen de dudas:

Hace unos meses, en Tokio, una *nikkei* peruana que conocía mi deseo de novelar la vida de mi abuelo a pesar del silencio de mi padre, me sugirió que le preguntara a papá dónde se escondió en marzo de 1943. Por entonces mi padre tenía catorce años y sabía que ya era huérfano, pero nunca me había imaginado que alguna vez había tenido que esconderse. Por eso, cuando me atreví a preguntárselo por Skype y comenzó a hablarme —como desde otro tiempo- de las persecuciones contra la colonia japonesa, las palizas callejeras, los despojos ilegales y las deportaciones hacia el campo de concentración de “Crystal City” en Texas, comprendí que no enseñarnos japonés fue una manera de afirmar su peruanidad y al mismo tiempo una forma de protegernos a sus hijos. Mi abuela pidió refugio para ella y sus dos niños en la parroquia de San Felipe, donde vivieron escondidos casi seis meses bajo la protección de los franciscanos canadienses (2013: 18).

Iwasaki, empero, el escritor, elige para sí el Japón en el que él mejor se encuentra, en el que mejor puede desarrollar su literatura. Ya vimos que conoce a los autores clásicos, pero no se queda con ellos ni con su forma de entender la literatura. Podría tomar como modelos a Kawabata, a Mishima, al intelectual Oë (todos ellos bien traducidos y estudiados en España en los últimos años), pero no lo hace, él prefiere seguir otros derroteros, prefiere otro Japón, y de ese Japón se nutren las andanzas niponas de los relatos de *España, aparte de mí estos premios*, ese es el que se reconoce en ellos:

yo contemplo las cosas del Japón esperando reconocer un destello, una contraseña o un reflejo que avive y despierte mi alma dormida. Me encantaría conseguirlo entre las hermosas penumbras del umbrío *Elogio de la sombra* de Tanizaki, pero hasta ahora solo he conectado de maravilla con el humor pánida de Yasutaka Tsutsui (2013: 13).

*La lengua paterna* parece una sincera confesión al lector, estoy seguro de que lo es; pero también es la búsqueda de un camino, del propio camino del escritor, un camino al que le faltan partes del trayecto y al que Iwasaki quiere dar conclusión. En la obra el autor elucubra, se pregunta, juega con el “¿y si...?”, que siempre es tan inquietante de formular en nuestros adentros, como, por ejemplo, cuando escribe, refiriéndose a su abuelo:

¿Y si el escritor Ventura García Calderón fue quien le habló de Perú? Después de todo, Ventura fue retratado por Foujita y Foujita visitó a mi abuelo en Lima. Según mi tío Lucho, Foujita pagó en la Casa Suetomi su salario de una semana, para que el abuelo lo llevara a pintar los gatos de los barrios Altos. Era 1932 y mi padre debía tener tres años (2013: 14).

En conclusión, no necesitamos más que leer e indagar en las obras de Fernando Iwasaki, ir más allá de ellas, de sus argumentos, para constatar que, en muchos momentos, se vuelven, por inverosímiles que parezcan, nuestro pan nuestro hodierno. En cualquier caso, este artículo —que no quiere ni puede ser exhaustivo— ha demostrado la importante presencia de Japón y de lo japonés en la literatura de un autor tan vivo y tan en progresión, lo que permite afirmar que, a pesar de las sorpresas contenidas en cada nuevo título suyo, cabe esperar nuevos libros de Iwasaki que lleven algún tipo de resello japonés.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLOOM, H. (1995): *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama.
- CAMACHO DELGADO, J. M. (2005): “La ficción como coartada del apátrida: *Un milagro informal de Fernando Iwasaki*”, *Philologia Hispalensis*, nº 19, pp. 7-22.
- CID LUCAS, F. (ed.), (2014): *La narrativa japonesa: del “Genji monogatari” al manga*, Madrid, Cátedra.
- . (2016): “La gran historia del galeón *San Juan Bautista*: el barco que hizo posible un encuentro entre dos mundos”, *Revista General de Marina*, nº 270, pp. 591-598.
- CORTÁZAR, J. (2013): *Clases de literatura. Berkeley, 1980*, Madrid, Alfaguara.
- FERNÁNDEZ COBO, R. (2012): “Lo fantástico como selección entre lenguaje, mente y mundo, un enfoque cognitivista en los microrrelatos de Fernando

- Iwasaki”, *Tono digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, n° 22, pp. 1-22.
- IWASAKI CAUTI, F. (1992a): *Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno*, Barcelona, Estelar.
- . (1992b): *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI*, Madrid, Fundación MAPFRE.
- . (2005): *Mi poncho es un kimono flamenco*, Lima, Sarita Cartonera.
- . (2006): *Helarte de amar y otras historias de ciencia-ficción*, Madrid, Páginas de Espuma.
- . (2009): *España, aparta de mí estos premios*, Madrid, Páginas de Espuma.
- . (2013): *La lengua paterna*, San José de la Rinconada, Cuadernos de la Vereda de los Carmelitas.
- . (2015): “Lo real inverosímil”, *Espejismos de la realidad: percepciones de lo insólito en la literatura española (siglos XIX-XX)* (Natalia Álvarez Méndez y Ana Abello Verano eds.), León, Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, pp. 43-51.
- LANZACO SALAFRANCA, F. (2014): “Un nuevo amanecer en el País del Sol Naciente (cambios profundos de valores y hábitos de consumo de la joven generación japonesa de 19-20 años)”, *Ensayos en honor del profesor Antonio Cabezas (Shoji Bando y Fernando Cid Lucas eds.)*, Kioto, Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, pp. 103-117.
- RONCAGLIOLO, S. (2012): *El amante uruguayo. Una historia real*, Alcalá la Real, Alcalá Grupo Editorial.
- SUÁREZ JAPÓN, J. M. (coord.), (2007): *Japones y japoneses en las orillas del Guadalquivir*, Sevilla, Cajasol.
- TANAKA, H. (1992): *1615 un giapponese in viaggio verso roma. Il resoconto di Hasekura Rokuemon*, Roma, Aracne.